

Los repetidos ataques contra el euskera y los castigos sufridos desde antiguo y hasta muy recientemente por los chavales de habla vasca en la escuela –entre los que se cuenta el tristemente famoso anillo– explican, en concordancia con otra serie de factores, el continuo retroceso del euskera en nuestra Comunidad, impulsado y alentado desde las instancias políticas estatales, aunque creemos que tampoco se puede pasar por alto el empeño que puso la élite erdaldun dominante en Navarra en tal tarea. No viene mal recordar a este propósito la prohibición expresa del Gobernador Civil de Navarra, en 1901, de que el euskera fuera enseñado en las escuelas de la zona de habla vasca, y tampoco la represión de la que fue víctima la lengua durante el franquismo, prohibiéndose hasta el empleo de la palabra «agur», «importada por los separatistas, en lugar del “adiós” genuinamente español», a pesar de que dicho término fuera frecuente en nuestra documentación desde antiguo, como el mismo Jimeno Jurío ha demostrado.

El autor no ha querido que la obra se limitara a exponer cómo se perdía la lengua, y en el último capítulo da una visión general de la situación actual de la misma en Navarra, haciendo especial hincapié en el lado positivo de la cuestión y subrayando «el florecimiento de las letras vascas» al que actualmente asistimos.

Resumiendo, se trata en nuestra opinión de una obra fundamental para el conocimiento de la historia sociolingüística del euskera en Navarra, de obligada lectura para todo aquel interesado por las cosas de nuestra tierra.

Patxi Salaberri



KULTURGINTZA 1971-1996
25 ANIVERSARIO DE WINDSOR KULTURGINTZA

KULTURGINTZA 1971-1996. 25 aniversario de Windsor Kulturgintza

Sala de Exposiciones del Archivo Foral de Bizkaia, mayo-junio de 1997. Texto de Xabier Sáenz de Gorbea. 174 p. Bilbao, Bizkaiko Foru Aldundia / Diputación Foral de Bizkaia, 1997.

Durante más de veinticinco años la sala de arte Windsor ha mantenido una presencia constante en la vida artística de Bilbao; las circunstancias han cambiado, las personas se han relevado y los objetivos se han redefinido en esos años, pero echando la vista atrás puede apreciarse una notable coherencia de propósito en su trayectoria. La exposición organizada en Bilbao sirvió de celebración de un cumpleaños, una cifra redonda, pero el libro que la acompaña queda como balance y testimonio documental de su constancia y esfuerzo. Más allá del lugar común es plenamente cierto que las últimas décadas de actividad artística vizcaina no se entenderían sin la presencia antes y ahora de Windsor Kulturgintza.

La fecha de inicio de las actividades de la galería se fija a comienzos de los setenta porque es entonces cuando arranca una programación regular de actividades, pero lo cierto es que todo se remonta a años atrás. El primer local de Windsor –una cafetería de aire inglés (de ahí el nombre), en la calle Marqués del Puerto– había servido desde los años sesenta de lugar de tertulia artística, donde se exponían algunas de las adquisiciones de su propietario, Miguel Sáenz, y ocasionalmente también se compraban y vendían obras entre los coleccionistas que lo frecuentaban. Todo ello de una manera informal, sin registro y con poca o nula documentación. Pero por allí pasaron obras de Losada, Barrueta, Iturrino, Arteta o Ramiro Arrúe; el interés del momento, como se ve, se orientaba a los artistas vascos consagrados.

El primer acto público de la galería tuvo lugar, curiosamente, fuera de sus locales, el 14 de junio de 1972: fue una subasta en el cercano Hotel Carlton. Se sacaron a la venta 75 pinturas y una pieza escultórica; y aunque los resultados no fueron brillantes –sólo se vendieron seis lotes– el acontecimiento tuvo gran repercusión social. A finales del mismo año se celebraron dos exposiciones colectivas de pintura vasca y otras dos individuales. Con la distancia de los años llama la atención la enorme calidad de los fondos expuestos: Arteta, Zuloaga, Zubiaurre, Iturrino, Juan Echevarría, Barrueta, Guinea, Guiard, Baroja, Arrúe, Maeztu, Losada, Amárica, Aranoa, Tellaeché, Alcalá Galiano, Guezala..., en la primera colectiva, por no mencionar los de la segunda, dedicada a artistas vivos. En conjunto, como bien se dice, «la plana mayor del tradicionalismo plástico». Sin embargo, dentro de una línea cercana a los gustos convencionales predominantes en el mercado pronto empiezan a incorporarse valores más actuales. En 1973 se convocó un premio de pintura que galardonó también a artistas jóvenes, como Gallo Bidegain, que se mueve en el campo de la abstracción. Hay una labor de recuperación de autores cuya trayectoria quedó cortada u oculta con la guerra civil (Francisco Bengoa, Manuel Moreno) o huidos del nazismo (el expresionista vienés Anton Winkelhofer). De 1975 es la primera exposición de pintura abstracta (Patxi Gomila) y pronto exponen artistas formados en la aún Escuela de Bellas Artes o, a través de relaciones de intercambio con salas de Palma de Mallorca (La Latina) o Estocolmo, autores foráneos. Los textos de los catálogos llevan firma de algún especialista en arte de vanguardia e incluyen el euskera o poemas visuales. En definitiva, progresivamente con los artistas vascos de siempre se intercalan otras actitudes creativas más recientes; la incorporación de Roberto Sáenz de Gorbea a la dirección reforzó esa tendencia aperturista de la galería.

A la indefinición de las primeras temporadas, donde, a menudo en colectivas, se mezclan autores fallecidos con otros que trabajan en áreas claramente innovadoras, va a suceder desde 1977 una etapa nueva. Se apuesta claramente por un «arte vivo y actual», y se pretende además «ofrecer lecturas históricas de un pasado estético próximo» –es el caso de la antológica Vanguardia Española (1920-1936), ese mismo año, o La naturaleza en la Pintura Vasca, presentada en Madrid en 1978-79 (galería Kandinsky)–, un propósito que decididamente se impone desde 1981. Junto al cambio de nombre a Windsor Kulturgintza y la renovación de las instalaciones hay una reorientación de las actividades paralelas: la sala funciona como lugar de encuentros, con coloquios con los artistas, conferencias, proyecciones, y se organizan unos concurridísimos viajes en autobús a exposiciones en París, Venecia, Kassel o Madrid.

La galería se concentra en el arte último que se produce en el ámbito vasco –Badiola, Irazu, Anda, Catania, en escultura; Goenaga, Gortázar, De la Fuente, Tamayo, Urzay, Lazkano, Rementería o los Roscubas en pintura– organizando también muestras temáticas que se exponen en salas de otras instituciones. De hecho se pasa a gestionar la programación con más intensidad, planteando proyectos y dando entrada a la oleada de artistas que

salen de Bellas Artes, justamente cuando en Bilbao el panorama de las salas interesadas por el arte contemporáneo se ha reducido a un mínimo. En ocho años se suceden exposiciones individuales de setenta y dos artistas vascos y en las colectivas participan más de doscientos. Hay un protagonismo creciente de las instalaciones, las performances, la fotografía o el vídeo. En este activismo intenso se encuadra la presencia de la galería en las ferias de Madrid (Arco) y en 1984 en la de Colonia.

Desde octubre de 1989 WK ocupa en la calle Ajuriaguerra un espacio que por sus características mismas obligó a un replanteamiento de la actividad de la galería. Se incide en una mayor promoción de los artistas representados, con una duración superior del tiempo de exposición. Las actividades anteriores de divulgación son ahora competencia de organismos institucionales; WK se ha centrado necesariamente en los artistas de la casa, que exponen con continuidad a lo largo de estos años, junto a importantes creadores españoles –Miró, Tapiès, Brossa, Carmen Calvo, Gordillo, Pérez Villalta, Broto...– y extranjeros. Con este enfoque la trayectoria de la sala se ha consolidado en torno a un núcleo de artistas propios en intercambio con otras galerías –de Valencia, Barcelona, Madrid y Zaragoza– y una presencia cada vez más profesionalizada en los circuitos del arte actual.

El estudio de Xabier Sáenz de Gorbea sigue en detalle la evolución de esta historia con una valoración notablemente objetiva de los hechos y ocasionalmente también con la percepción que sólo da el conocimiento personal y desde dentro de aspiraciones y contratiempos. Es indicativo de esto último el caso, bastante reciente, de la frustrada cesión de la colección Sáenz de Gorbea a un municipio vizcaino para crear un espacio de arte contemporáneo. Un signo de los tiempos.

La exposición conmemorativa recogió cincuenta obras de veinticinco artistas vascos, todas ellas parte de los fondos de la colección Sáenz de Gorbea. En el catálogo se reproducen obras de hasta noventa nombres –españoles y extranjeros– de los muchos que han pasado por WK. La contigüidad sobre el papel permite comprobar cómo la alternancia de las muestras ha ido tejiendo un vínculo intergeneracional entre los incuestionablemente consagrados y los que, ya con cierto reconocimiento público, siguen buscando su lugar. El conjunto testimonia una pluralidad de intereses en el discurrir de estas décadas que no es sino el reflejo de los que han ido sucediéndose o coexistiendo en el País Vasco. La cronología que completa el volumen, unida a las notas al texto que precisan fechas, nombres y títulos de las exposiciones, constituye una referencia básica para seguir la actividad desplegada por Kulturintza desde 1972. Esperemos, que al memento de lo hecho, el presente pueda añadir otros capítulos más dilatados.

Fernando Quincoces